

EL EX SECRETARIO GENERAL DE CESM, NEUROCIRUJANO DE LA PAZ, LLEVA LA INDEPENDENCIA EN LA SANGRE DESDE SU INFANCIA

El sindicalismo médico y el compromiso social

Su carácter y el contexto han fraguado en Carlos Amaya la imagen del sindicalista médico de siglo XXI. El ex secretario general de CESM entró en el mundo sindical sin fe, pero con la ilusión de comprometerse por el bien de la profesión. Su vida son ríos de nombres propios para los que hay una palabra de agradecimiento. Con corbata también se negocia, y si no que se lo digan a los ocho ministros de Sanidad con los que ha tenido que bregar.

DIARIO MEDICO. Álvaro Sánchez León - Martes, 25 de Enero de 2011



Llueve intensamente en Madrid. Cielo plomizo sobre la ciudad. Muy cerca del Hospital Gregorio Marañón vive Carlos Amaya, ex secretario general de la Confederación Estatal de Sindicatos Médicos, por abreviar. Aunque en su vida hay más títulos, porque en poco tiempo ha llovido mucho, pero no sobre mojado. Amaya es un sindicalista con bata y corbata, más médico que peleón de pancarta. Contra el prototipo sindical del gritón destartado, este neurocirujano madrileño es la elegancia agradecida. Su biografía son algún hospital, muchos nombres, algún verano y una familia a la que debe su tiempo perdido. Ascensor. Sexta planta. Mucha luz en casa del doctor Amaya. Se abre el corazón, más accesible en el tiempo de Navidad.

¿Cuál es su momento cero?-

Nací en Madrid y pasé mi infancia prácticamente con mis abuelos. Desde los 2 hasta los 10 años veía a mis padres y a mis hermanos los domingos. Vivía en el centro y mis padres en Reina Victoria, que entonces era el extrarradio. Esta coyuntura siempre me ha marcado un poco. Ha fomentado en mi vida un carácter independiente y una cierta libertad de pensamiento.

- **PERSONALIDAD:** A pesar de mi carácter tranquilo y reflexivo, siempre he tenido grandes inquietudes y una fuerte vocación social, no sólo en Medicina

¿Por qué se crió fuera del hogar paterno?

-Vivíamos en un piso pequeño y pronto vinieron dos hermanas gemelas y después dos hermanos más. No es que estorbase, pero la necesidad de las circunstancias hizo que me fuera con mis abuelos. No se lo reprocho a mis padres, al contrario. A los ocho años me sentía verdaderamente libre.

¿Algún médico en el árbol genealógico más próximo?

-No he encontrado ningún antecedente en la familia. Mi vocación profesional viene más por el escenario que por los personajes de mi vida.

- **TRABAJO:** Cuando me he comprometido con algo lo he asumido con todas sus consecuencias. No he racaneado.
-

¿Cómo respiraba en las aulas?

-De pequeño estuve en un colegio de dominicos, otro de agustinos y uno laico. En el bachillerato era un estudiante normal. Me distraía, como muchos críos, con mi mundo interior a veces poco compartido desde el punto de vista afectivo y emotivo.

Acaba el bachillerato y empieza a mirar a la Universidad.

- **SINDICATOS:** Nunca he creído en los sindicatos ni he sido sindicalista, sólo buscaba defenderme dentro de la profesión
-

-Tras el bachillerato inicié el Preu. Tras la reválida de cuarto empecé a sentir curiosidad por la Medicina. Vivíamos frente al Hospital de la Cruz Roja, ahora de San José y Santa Adela. Me llamaba la atención el dispensario médico que veía desde la ventana de mi habitación. Recuerdo ver a un ginecólogo -el doctor Luque- que salía a la calle con gorro de quirófano y mascarilla para ir desde la Cruz Roja hasta lo que después fue la Clínica de Loreto. Le miraba con admiración. Pensé entonces hacer Medicina. Lo dije en casa y mis padres no se mostraron muy a favor, pero tampoco se opusieron frontalmente.

Pensado y hecho

-En el curso 63-64 ingreso en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid.

- **EUROPA:** Sólo en 7 países de Europa existen sindicatos médicos. Si los colegios y las sociedades estuvieran a la altura no serían necesarios
-

¿Cómo un joven tan independiente opta por una profesión tan social?

-Siempre he tenido una fuerte vocación social y no sólo por la Medicina. Desde pequeño he participado activamente con mis compañeros y hacíamos mucha vida en la calle. A pesar de mi carácter tranquilo y

reflexivo, tenía grandes inquietudes. Entre mis amigos proyectaba ideas, también en el ámbito de las travesuras escolares, con cierta actitud de rebeldía, con premeditación y un poco de alevosía. El profesor de dibujo se pegó una vez un buen susto. Después, cuando pedían responsables siempre daba la cara.

¿Y en la facultad se agita más el cocotero?

-En mi etapa universitaria anduve metido en mil cosas. Participaba en todo, pero no como líder. Estaba más en segundo plano. Fue una época convulsa con cierres de la facultad incluido y me llegaron a detener y me hicieron la correspondiente ficha policial. Era la novedad.

¿De qué lado era usted más partidario?

-Mi habilidad es que estaba en todos los frentes, pasaba por el Sindicato de Estudiantes Universitarios, pero también por el Frente Universitario Democrático de Estudiantes (FUDE), que eran los dos extremos. En este ambiente hice grandes amigos como Fernando Álvarez Ude, el psiquiatra Francisco Martín y Felipe Reyero, que eran los líderes del movimiento estudiantil en Medicina.

¿Qué profesores le dejan huella?

-Muchos: Llorca, Fernando de Castro, José Casas... En cuarto de carrera, poco después de la muerte de Carlos Jiménez Díaz, entré como alumno interno en la Cátedra de Patología Clínica que dirigía Alfonso Merchante. Allí, Alberto Portera y Eduardo Varela de Seijas me enseñaron bastante.

No ha terminado la carrera y ya sabe que lo suyo son las neurociencias. ¿Ninguna duda sobre la especialidad?

-Después de las prácticas que hacíamos durante la carrera sabía que nunca haría Ginecología, porque tuve una mala experiencia. En mi primer parto como estudiante todo me pareció espectacular, pero tuve una sensación personal muy fuerte: el olor a éter, las medicinas, el calor, los gritos, lámparas, matronas... Salí esa noche de la maternidad seguro de que no me dedicaría a eso.

¿Cómo fue el salto al posgrado?

-Antes de la residencia, un compañero me invita a irme a trabajar como médico rural en un pueblecito cercano a Las Palmas, Arucas. Tras un tiempo de experiencia, tuve que decidir o quedarme allí o hacer el posgrado en la península y volví a Madrid.

¿Por qué Neurocirugía?

-En el Servicio de Neurología del Clínico me acogieron de estudiante con los brazos abiertos. Al terminar la carrera salieron 55 plazas de residentes. Inicié la formación especializada en el Hospital de La Paz en 1971. Además, en el rotatorio, un sistema formativo que debería volver, me dijeron una cosa que hoy es difícil que te digan: que tenía habilidades quirúrgicas.

¿Recuerda sus primeras experiencias en la materia?

-Recuerdo unas sesiones clínicas magníficas de Portela, que nos obligaba -entre comillas- a ver en el quirófano la lesión en esta época previa al TAC y a la resonancia magnética. Allí me encontré con otro profesional entrañable, Pedro Mata Sánchez, un caballero que tuvo conmigo un trato exquisito. De La Paz me sorprendió que el gerente, José Miguel Cuesta, supiera mi nombre siendo yo residente, pero es que se sabía el nombre de todo el personal del hospital. Entonces el director médico del hospital era Julio Ortiz.

Sixto Obrador entra entonces en su formación profesional.

-Entré en el Servicio de Neurocirugía en La Paz con Sixto Obrador, con el que estuve hasta 1977, que es cuando se abre el Ramón y Cajal. Llegué al centro con la visión macroscópica de las lesiones que había aprendido en el Clínico. Al finalizar la residencia no quería irme a ese nuevo hospital mastodóntico, cuyo servicio de Neurociencias pensaba centrarse en la investigación. Le dije a Obrador que lo mío era la asistencia y no la ciencia. Él me agradeció la sinceridad, me quedé en La Paz y desde entonces me llamaba hijo pródigo. Estuve en un servicio con 130 camas, con reanimación exclusiva y pacientes de toda España. En poco tiempo había visto mucho.

¿Cuándo asoma la veta sindical siendo ya especialista?

-Siendo residente coincidí en el hospital con José María Fidalgo, que hacía Traumatología. Somos bastante amigos. Nos tocó vivir un par de huelgas de especialistas en formación, porque entonces el MIR era algo peor que mano de obra barata. Era la época en la que José Martínez Estrada dirigía el Instituto Nacional de Previsión.

¿Y el primer contacto el sindicalismo profesional?

-Mi primer contacto con el sindicalismo médico es con el fundador del Sindicato Médico Libre, una copia de una central francesa. El neurofisiólogo José Antonio Mérito me invitó a la sede. Al llegar, una secretaria estupenda me animó a pasar y me preguntó si quería algo de beber, si me apetecía un puro... Yo pensé: bueno, pero si esto es un sindicato, ¿quién paga este ritmo de vida? Luego pasó lo que pasó y el Sindicato Médico Libre acabó en los tribunales.

¿Y cuándo llegó CESM?

-Ese paso hay que explicarlo antes con otros acontecimientos previos. Tras la residencia, coincidí con Vicente Garcés cuando iba a firmar mi contrato de trabajo en La Paz. Poco después, cuando estaba a punto de casarme, opté a una plaza y me topé con la endogamia manipuladora de los tribunales, algo que siempre me ha repugnado. Las dos veces que me he presentado a la selección de un puesto he acabado mal. En la última, en la que optaba a una jefatura de sección, llegué hasta los tribunales, que tampoco me dieron la razón.

O sea, que lo del sindicalismo profesional tiene raíces personales...

-En veranos anteriores había pasado por hospitales de diferentes países de Europa. Después del problema de las oposiciones pienso que se ha cometido una grave injusticia y decido marcharme a París a trabajar en La Pitié de médico sustituto con Bernard Pertuisset. Me integré bien, aunque no dejara de sentirme como un inmigrante cualificado. Después regresé a La Paz, donde Alfonso Cabezas, presidente del susodicho tribunal, me había guardado convenientemente mi plaza. El primer puesto en propiedad lo tengo en 1976.

Otro paso importante en mi vida fue la realización de la tesis doctoral sobre la corteza prefrontal del gato, con la que obtuve un *cum laude*. Allí conocí a personas que me han marcado mucho desde el punto de vista humano: Fernando Reinoso y José Manuel Giménez Amaya.

¿Y París le derribó del caballo?

-Por amistad con Garcés, que me había estado insistiendo desde que nos conocimos, entré en CESM. Él era el secretario general. Nunca he sido sindicalista ni he creído en los sindicatos. Mi idea era defenderme y defender a otros colegas dentro de la profesión.

¿Con qué cargo entra?

-Entonces era el secretario adjunto. Patricio Martínez ya era el presidente del sindicato. Yo pensaba que estar en una organización así exigía dedicarse a ella íntegramente y en exclusividad; por eso tuve mis más y mis menos con Garcés, que era a la vez consejero de Previsión Sanitaria Nacional.

¿Con qué se encuentra?

-Inauguro temporada con un conflicto con el Sindicato Médico de Madrid de Antonio Rivas, al que conocía previamente en su etapa como anestesista infantil en La Paz. El sindicato fue expulsado de CESM con sentencia judicial por impago de cuotas.

Entonces llegó el cargo ideal para Carlos Amaya: una secretaría general.

-Garcés me propuso presentarme a las elecciones de 1996 de secretario general y él de presidente. No me gustaban esos condicionantes y pedí listas abiertas. No estaba dispuesto a que mi cargo fuera tutelado. Total, en julio de ese año salí del Hotel Eurobuilding, de Madrid, siendo el secretario general de CESM sin saber muy bien por qué y cuál era mi papel.

¿Carta blanca en casa?

-Mi mujer, Aurora Chacón, con la que me casé en 1981, nunca me puso ninguna pega, a pesar de que esta dedicación ha hecho que le quitara demasiado tiempo a la familia, algo que ahora espero compensar.

Está en el cargo hasta 2008, fecha en la que decide presentarse a la Presidencia del Colegio de Médicos de Madrid.

-Tenía la idea de vertebrar la profesión contando con los colegios, el sindicato y las sociedades científicas. Sólo siete países de Europa tienen un sindicato médico; en el resto no hace falta porque tienen colegios y sociedades como Dios manda. Los colegios están como en 1974. No ha habido debate social sobre lo que deben ser. Yo creo que son necesarios, pero los que están ahora y los que vengan después tienen mucho que hacer. Las sociedades requerían unos buenos colegios profesionales y no Facme. Eso es lo que pasa en otros países. Aquí están financiadas por la industria y muchas han nacido por iniciativa de la industria. Eso es malo. La industria debe participar, pero de otra manera.

¿Ha aceptado aquella derrota?

-Sí. Sé que no me voy a volver a presentar, aunque trabaje para las instituciones, porque creo en ellas. Los médicos de Madrid tuvieron una oportunidad para cambiar el colegio y no la aprovecharon. Tienen lo que quisieron.

Ahora concluye su etapa en CESM.

-Dejé la secretaría general al optar al colegio y ahora mantengo la Vicepresidencia de la Federación Europea de Médicos Asalariados ajeno a CESM. Mi salida del sindicato ha dejado mucho que desear. En la vida hay que ser elegante, y que no se entienda esto como que salgo rebotado. Este tipo de cosas pasan hasta en las mejores familias. Debo ser comprensivo aunque me sienta desplazado.

De tú a tú con ocho ministros de sanidad por los médicos

A **Julián García Valverde**, dice, "le llamábamos Julián el breve, porque no llegó a los ocho meses. Dicho con todo mi cariño, era un yupi. Después llegó al Paseo del Prado **José Antonio Griñán**, actual presidente de la Junta de Andalucía, "un caballero que fue lo suficientemente sincero para adelantarnos que en temas de personal iba a hacer bastante poco, como así fue. Estaba en Sanidad como trampolín para llegar el Ministerio de Trabajo". La época más dura es la que protagoniza la ministra **Ángeles Amador** "a la que me une una gran amistad". Fue la época de la gran huelga del 95, "pero nosotros sabíamos que no era ella la que llevaba la voz cantante, sino toda la estructura que estaba detrás. El Gobierno no se dio cuenta de que llegaría el conflicto y por eso no supo gestionar adecuadamente una revuelta dura y difícil". **José Manuel Romay** "era entrañable. Me he llevado con él de forma excelente, a pesar de que ni él ni Alberto Núñez Feijóo, entonces presidente del Insalud, supieron explicarnos los

nuevos modelos de gestión y fueron un poco radicales". Con **Celia Villalobos** "no nos entendimos nunca", mientras que con **Ana Pastor** "todo fueron facilidades, porque es una mujer de consensos". De **Elena Salgado** se queda con que era "muy autoritaria, desconfiada, prepotente y distante", y de **Bernat Soria** "que hablamos un par de veces y también me pareció entrañable".

Un liberado con clase

Carlos Amaya es un liberado sindical con corazón y cabeza preocupado en construir por la profesión médica. Es enemigo de encasillarse en los asientos institucionales; por eso ahora colabora con en el CEU y el Instituto de Empresa